

La Brújula. POR EUGENIO FUENTES

Iniciación nipona a la vida a través de la muerte

La japonesa Kazumi Yumoto (1959) no pudo tener mejor estreno en el campo de la novela. Fue en 1992, con este **Los amigos** que ahora presenta Nocturna en castellano y el éxito alcanzado fue de tal calibre que la obra se llevó al cine tan sólo dos años después. **Los amigos** es un curioso bucle literario en el que se enlazan el principio y el final de la vida a través de tres niños de doce años en cuya conciencia hace una brusca irrupción la muerte: el fallecimiento de la abuela de uno de ellos les abre la espita de la curiosidad y los lanza de bruces a un camino de iniciación. ¿Es la muerte algo más que simplemente dejar de respirar? ¿Se puede conocer desde aquí mismo el más allá? ¿Y qué hay de los espíritus? Espiar a un viejo de la vecindad de quien se dice que se encuentra a punto de fallecer será para los tres amigos la oportunidad, o eso se creen ellos, de dar respuesta a todas las preguntas que comienzan a asetaarlos. Para el lector será la ocasión de disfrutar de un texto que, con la proverbial placidez nipona, les hará sonreír a ratos y estremecerse a veces.



Los amigos

KAZUMI YUMOTO
Traducción de José Pazó Espinosa
Nocturna. 212 pp. 14,90 euros



Lo que dijo Harriet
BERYL BAINBRIDGE
Traducción de Alicia Frieyro
Impedimenta
240 páginas. 19,95 euros

Estrategias fatales de seducción adolescente

De Beryl Bainbridge (1932), que nació en Liverpool ocho años antes que John Lennon y habría de casarse con uno de sus profesores de Arte, se han publicado en España estos años algunas de sus piezas capitales: **La excursión**, **La cena de los infieles** o **La chica del vestido de topas**. Quedaba, sin embargo, por rescatar su primera novela (1967), que sentó las bases para que años después fuera considerada por **The Times** como una de las plumas británicas más relevantes de la segunda mitad del XX. Y aquí la tenemos. Se trata de **Lo que dijo Harriet**, una obra tan profundamente transgresora que durante cinco años fue rechazada por varias editoriales, temerosas de que sus líneas pudiesen repugnar a los lectores. Basada en un crimen real, la novela pone en escena el inocente y fatal juego urdido por dos amigas adolescentes que, para entretener su ocio estival, tejen una estrategia de seducción en torno a un hombre infeliz en su matrimonio.

Otra manera de preguntarse por la infamia pinochetista

Reciente aún el 40.º aniversario del sangriento golpe de Estado de Pinochet, Alia Trabucco Zerán (1983), hija de cineasta y periodista, publicó en 2014 **La resta**, una primera novela con la que consiguió premios, lectores y aclamaciones. La verdad es que esta gloriosa irrupción en el panorama literario chileno no es de extrañar porque **La resta** suma un potente pulso narrativo a un modo nuevo de interrogarse sobre la infamia. Articulada en torno a las voces de dos hijos de víctimas de la dictadura, la novela se sirve de un viaje en coche fúnebre por los Andes –rumbo al remoto aeropuerto donde ha quedado varado el cadáver de una exiliada– para formular algunas de las preguntas a las que los chilenos todavía no han dado respuesta. La necesidad de abordar la losa pinochetista de un modo diferente al de la generación de sus padres ha depositado a Trabucco en una vía espléndida desde la que sacudir a una sociedad que, a menudo, como por desgracia le ocurre a la española, siente tentación de amnesia.



La resta
ALIA TRABUCCO ZERÁN
Demipage
292 páginas
18 euros



Chicas felizmente casadas
EDNA O'BRIEN
Traducción: R. López Muñoz
Errata Naturae. 272 pp. 18 euros

Las chicas irlandesas se instalan en Londres

Autora en 1999 de una biografía de Joyce que removió a algunos vivos en sus poltronas, la irlandesa Edna O'Brien (1932) es, sin embargo, más conocida en España por el éxito de su "saga de las chicas". Todo empezó en octubre de 2013 con la publicación por Errata Naturae de **Las chicas de campo** (1960), la odisea de unas jóvenes irlandesas que se imponen a un hostil ambiente rural. La ingenua Kate y la frívola Baba continuaron sus andanzas en Dublín, dando cuerpo a **La chica de los ojos verdes** (1962), para desembocar al fin en Londres, que es donde las encuentra ahora el lector de **Chicas felizmente casadas** (1964). Ni que decir tiene que esta tercera parte, en la que la amistad y el matrimonio no siempre feliz se traman sobre la urdimbre de una sociedad que empieza a convulsionarse, puede leerse sin las precedentes. Aunque, no lo duden, cuando la acaben querrán más y, si no lo habían hecho ya, se zambullirán en ellas.

DE NEGRO

Inspector Méndez forever

En la muerte de Francisco González Ledesma



ALEJANDRO M. GALLO

Ricardo Méndez es/era un viejo policía de la antigua escuela, desclasado en el mundo en el que le tocó vivir: considerado rojo para los franquistas –sobre todo porque llevaba comida y tabaco a los republicanos presos– y tildado de conservador por el posmodernismo progre. No conocía ni aplicaba las técnicas de la ciencia, eso de la policía científica para él era ciencia ficción y seguía utilizando el viejo método de indagar en el alma humana para llegar a la verdad concreta, porque la verdad absoluta nunca existió. Se relacionaba con los raterillos, los estafadores y timadores de poca monta de los barrios de Barcelona. La voz de los que nunca tuvieron voz en esta sociedad, le acompañaba a cada paso. No llevaba pistola ni revólver, ni siquiera sabía por qué; tal vez porque un día perdiera el arma en una carrera por las calles de la Barceloneta, o por el miedo a usarla al conocer los desastres que la pólvora ha provocado en el mundo...

Ahora me dicen que ha muerto, pero no me lo creo. Aún le veo realizando una vigilancia con un libro en el bolso de su raída americana, que lee para que las largas esperas sean más cortas, y también le veo tomando vino peleón en las tascas donde se juntaban los obreros y los revolucionarios de salón.

Ahora, en algunos de sus homenajes, lo llaman comisario Méndez, pero él nunca fue comisario; es más, odiaba a la jerarquía policial que se alejaba del asfalto y de los problemas del hombre de carne y hueso.



Francisco González Ledesma.

Ricardo Méndez fue la criatura creada por Francisco González Ledesma (1927-2015) para reivindicar una novela negra de tinte social que siguiera la estela marcada en este país por Manuel Vázquez Montalbán y heredera de la novela negra mediterránea a la que le interesa más la autopsia de la sociedad que resolver crucigramas o enigmas. Ledesma, autor multipremiado (premio Planeta, premio

Hammett, premio Pepe Carvalho, Medalla de oro de Toulouse...) siempre tuvo en Asturias un lugar de referencia. La Semana Negra de Gijón le sirvió para reencontrarse con los irreductibles escritores que se negaban a que sus obras fueran lacayos del sistema, y también visitó nuestras cuencas mineras. Tuve el honor de presentarle a él y a su obra biográfica Historias de nuestras calles, en la Casa de la Cultura de La Felguera. Allí nos contó, con su corazón enorme como el de Méndez, cómo fue la Barcelona de la guerra y de la postguerra, cómo las escaleras de los edificios se convertían en el soviet de los barrios, y seguía mirando las fachadas de los edificios y los bancos de los parques porque aún conservaban los viejos espíritus de todos aquellos que los habitaron.

Ledesma no sólo fue el creador de las aventuras del viejo policía Méndez, también fue redactor jefe de La Vanguardia y el hombre que se escondía durante el franquismo bajo el pseudónimo de Silver Kane, de cuya pluma nacieron más de cien novelas del Oeste, en las que nos mostró que la maldad y el perverso siempre encontrarán el castigo. También nos dejó inolvidables novelas bajo diferentes seudónimos, el más reciente el de Enrique Moriel, sin olvidar los de Taylor Nummy, Silvia Valdemar, Rosa Alcázar o Fernando Robles. Pero si algo definió de verdad a esta gran pluma de la novela negra contemporánea fue su gran humanidad, era como Horacio cuando dijo: "Nada que sea humano me es ajeno". Y Méndez inicia de nuevo una eterna vigilancia de los sospechosos con un libro en la mano.